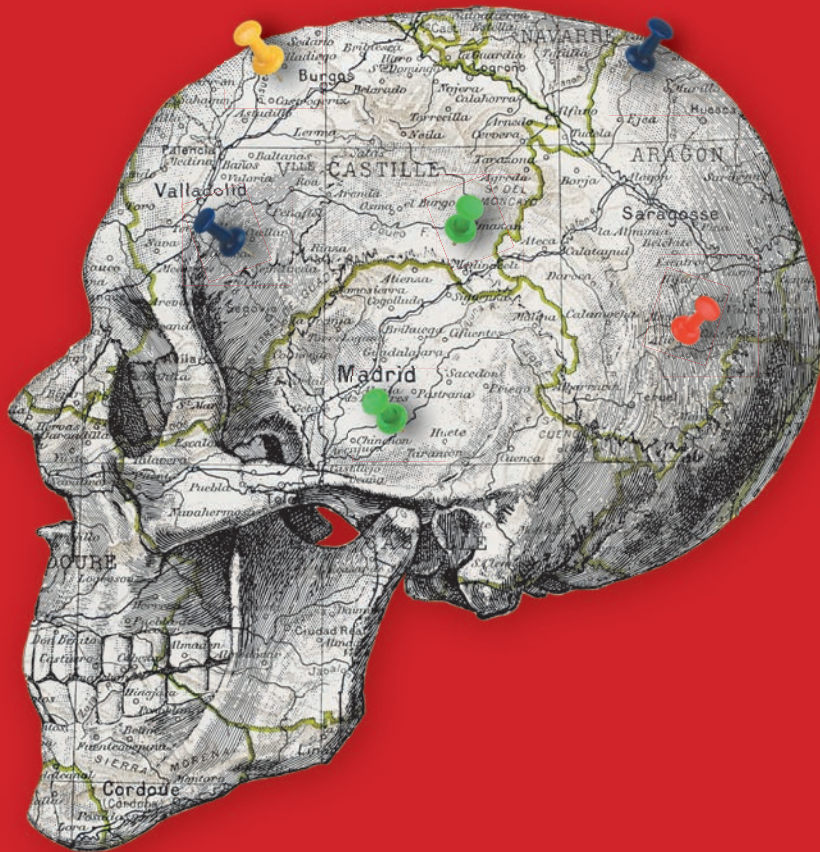


MARCO BESAS
LA ESPAÑA
OCULTA



MISTERIOS Y LEYENDAS
QUE QUITAN EL SUEÑO

MARCO BESAS

LA ESPAÑA OCULTA
MISTERIOS Y LEYENDAS QUE QUITAN EL SUEÑO

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Fotografías de interior: © Irene Ruiz Orozco, archivo del autor, © Pedro Caba, © Raiden32, © Alberto Grovi, © Jebulon, © Gianni86, © Anual, © Charvex, © Daderot, © Alexf, © Jean-Christophe Benoist, © Jose María Rodríguez, © Llivíés, Wikipedia.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Marco Besas, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4201-8

Depósito legal: B. 15.272-2015

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
LA CRUZ DE DON ANTONIO	
LA ISLA FANTASMA	19
SAN BORONDÓN, EN ALGÚN LUGAR AL OESTE DE LA PAL- MA (ISLAS CANARIAS)	
CON PAN Y VINO SE ANDA EL CAMINO	40
AYEGUI (NAVARRA)	
EL DURMIENTE DE SIERRA ESPUÑA	44
BOSQUE CERCA DEL CENTRO DE VISITANTES RICARDO CODORNÍU, SIERRA ESPUÑA (MURCIA)	
<i>EL NOVENO DÍA DE LA CREACIÓN</i>	54
IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA, ALARCÓN (CUENCA)	
EL TAJO DE ROLDÁN	61
MONTE PUIG CAMPANA, FINESTRAT (VALENCIA)	

LA MONSTRUA DE CARLOS II	68
AVILÉS (ASTURIAS)	
LA PROFECÍA DEL MENDIGO	77
RIBADELAGO, LAGO DE SANABRIA (ZAMORA)	
OBJETIVO: DESTRUIR LA PILARICA	88
CATEDRAL-BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR (ZARAGOZA)	
NO HAY NADA MÁS NATURAL QUE LA MUERTE	96
EL JARDÍN DE LOS DESVELADOS, ESTELLA (NAVARRA)	
SOLO PARA FRIKIS	106
URBANIZACIÓN EL MAS DEL PLATA (TARRAGONA)	
UN <i>DOPPELGÄNGER</i> EN L'ARBOÇ	110
L'ARBOÇ (TARRAGONA)	
YO QUE TÚ, NO ENTRARÍA...	128
LA FUENTONA DE RUENTE (CANTABRIA)	
EL TESORO DE MOCTEZUMA... EN CATALUÑA	138
TOLORÚ, ALT URGELL (LLEIDA)	
LA MISTERIOSA «HUELLA» DEL ATLETI	159
PLAZA DE LA CIUDAD DE VIENA (MADRID)	
<i>OÙ EST L'ESPAGNE?</i>	168
VILLA DE LLIVIA (GIRONA)	
EL HOMBRE PÁJARO BURGALÉS	178
CORUÑA DEL CONDE (BURGOS)	
LAS CADENAS DE GOÑI	193
SIERRA DE ARALAR (NAVARRA)	

LA ISLA FANTASMA

SAN BORONDÓN, EN ALGÚN LUGAR AL OESTE
DE LA PALMA (ISLAS CANARIAS)

Los que tenemos algún amigo que se dedica a la fotografía, ya sea de manera *amateur* o profesional, sabemos que es rara la ocasión en la que no vayan acompañados de su cámara por muy grande que sea. Siempre están al acecho para capturar ese fugaz e inesperado instante con la ingenua esperanza de que ganarán el Pulitzer, incluso cuando solo se trata de una instantánea de sus amigos disfrutando de un *picnic*. Similar fue el caso de Manuel Rodríguez Quintero, un fotógrafo profesional oriundo de las islas Canarias para quien, a pesar de tener solo la intención de dar un paseíto, era inconcebible salir de casa sin su cámara colgada del cuello. Esa tarde de septiembre de 1957, a las dieciocho horas, Manuel no llegó a hacer una «foto Pulit-

zer», aunque sí tomaría una de algo increíble, algo que supuestamente no existía y que se decía que era tan solo una leyenda.

Dejándose llevar por el bello paisaje y sin rumbo concreto, el fotógrafo rondaba la costa de la isla de La Palma por la parte oeste, en el barrio de Las Martelas —valle de Aridane—. Era un día agradable y no hacía mucho calor. El mar reposaba tranquilo aunque el cielo estaba algo nublado. Le llamó la atención tres chavales que chapoteaban en un pequeño estanque cercano y decidió sacarles alguna foto. Apoyó la cámara frente a su ojo, ajustando el diafragma y la velocidad, pero al buscar un encuadre adecuado, notó algo extraño en el visor, como una mancha o una sombra. Se dio cuenta de que no era una mota o una brizna posada en el objetivo, ya que al reencuadrar la cámara la «mancha» permanecía en el horizonte. Tenía que ser algo real, que estaba allí ante él, por eso bajó la cámara para divisarlo mejor. Donde hacía escasos minutos solo se avistaba el mar, ahora se vislumbraba una extraña bruma bajo las nubes. Era como si dentro de la neblina se estuviese materializando algo. Entonces entrevió lo que parecía la silueta de una montaña... Pero no, no era solo una montaña, era una isla entera.

Manuel pensó que se trataba de El Hierro. Pero al mirar a su alrededor y orientarse se dio cuenta de que era imposible que fuese dicha isla. El Hierro tenía que estar situada hacia el sur, a noventa grados a su izquierda, no al oeste donde se suponía que solo estaba el océano Atlántico.

Recordando las antiguas leyendas que había escuchado cientos de veces cuando era niño y tomando conciencia de las implicaciones de su descubrimiento, se puso tan nervioso que comenzaron a temblarle las manos. ¿Era posible que ante él estuviera la mítica y misteriosa isla que desde hacía cientos de

años emergía de la nada y después se desvanecía a su antojo? ¿Podía ser la isla conocida como «la encantada», «la errante», «la encubierta», «la isla sirena», «la octava isla canaria»... la isla de San Borondón?

Manuel no quería ser el único testigo del insólito evento y gritó a los niños para que mirasen hacia el horizonte:

—¡Mirad! ¡Allí! —Y señalando con el brazo, gritó—: ¡Es San Borondón! ¡Allí está! ¡Es San Borondón!

Poseído por los nervios corrió a la cercana carretera que llevaba a Puerto Naos, y haciendo enormes aspavientos, intentó parar alguno de los coches que transitaban:

—¡Mirad! ¡Es San Borondón!

Solo entonces se percató del objeto que aún llevaba colgando del cuello. «¿Cómo he podido ser tan idiota?», se recriminó. Inmediatamente alzó la cámara y, tras enfocar, hizo una foto. Una foto insólita y singular.

La increíble aparición perduró casi veinte minutos, tiempo en el cual Manuel y los tres niños quedaron atónitos, sin poder apartar su mirada del islote. Poco a poco la bruma volvió a ocultar el peñón haciendo que desapareciese de la misma misteriosa manera en la que había aparecido. El fotógrafo tomó una instantánea más, esta última de los tres muchachos en bañador que, como él, tuvieron la fortuna de presenciar tan singular aparición.

Todo este acontecimiento fácilmente podría haber sido intrascendente de no haber sido por el entonces director del Museo Arqueológico de Tenerife, Luis Diego Cuscoy, en cuyas manos cayó una de las fotos. Asombrado con el hallazgo, decidió escribir un artículo y publicar la imagen en un periódico. Pero no fue cualquier periódico, sino el rotativo más importan-

te y de mayor tirada de la época: *ABC*. El 10 de agosto de 1958 apareció un gran reportaje a doble página con el título: «La isla errante de San Borondón ha sido fotografiada por primera vez».

Si uno ojea el diario, lo cierto es que la foto publicada resulta ser bastante decepcionante. Es poco nítida y, a fuer de ser sincero, tengo que reconocer que solo se «intuye» una leve silueta con forma de montículo en el horizonte. Bien podría tratarse simplemente de una nube gris con el dudoso aspecto de una montaña. Admito que soy de ese grupo de personas que, como reza el póster de Mulder en la serie *Expediente X*, «I want to believe», quiero creer. Es por esto que cuando veo una foto de este tipo se me rompe el corazón. Como tantas otras instantáneas tomadas de supuestos ovnis, del monstruo del lago Ness, de Bigfoot, de la aparición de un fantasma o de las ruinas de la Atlántida, esta foto es borrosa, con exceso de grano, mal iluminada y, en definitiva, realmente no demuestra nada.

Siendo mi afición y pasión estos asuntos del misterio y lo inexplicable, descubrí que en la isla de La Palma, en el Museo Arqueológico Benahorita, en el año 2012, realizaron una exposición fotográfica de la obra de Manuel Rodríguez Quintero —fallecido en 1971—. Rebusqué en internet y encontré una librería de segunda mano en La Palma que vendía un catálogo sobre la exposición. Con la esperanza de que pudiese arrojar algo más de luz —nunca mejor dicho— sobre la foto de San Borondón tomada por Quintero, lo compré.

El catálogo resultó ser más bien un exiguo folleto publicitario con muy pocas imágenes. Estaba bastante desilusionado hasta que vi una fotografía, la famosa estampa de San Borondón, pero esta era diferente. No era la misma imagen publicada por *ABC*. Se trataba de la «otra foto» —llamémosla así— hecha

por Quintero, ya que al parecer hizo varias. Esta era infinitamente más nítida, tomada probablemente tan solo unos minutos más tarde prácticamente en el mismo lugar —se ven los mismos árboles, rocas y la carretera en primer término—. En la foto se aprecia claramente la silueta de una isla, con sus montañas y valles. No es una mancha o una sombra borrosa; tiene todo el aspecto de ser tangible y real: la verdadera isla de San Borondón. Si no se trataba de un fotomontaje era absolutamente asombrosa. «I want to believe», me repetí una y otra vez.

Me emocioné tanto con el descubrimiento que quise saber todo sobre esta engañosa isla. ¿Podría realmente aparecer y desaparecer a su antojo? ¿Cómo surgió la leyenda? ¿Llegó alguien a encontrarla en algún momento? ¿Quién era san Borondón?

Nos remontamos al siglo VI cuando, tras la caída del Imperio romano, Europa se sumergió en lo que se conoce como la Edad Media, aunque algunos historiadores la prefieren llamar la Edad Oscura, y no sin razón. Después de siglos de invasiones de las tribus bárbaras, se borraron de la memoria prácticamente todos los conocimientos logrados por los antiguos griegos y romanos. Apenas existía la literatura, casi nadie sabía leer o escribir, y nadie dejaba testimonio escrito de la historia contemporánea. La arquitectura, la medicina, la tecnología, el arte y la cultura en general permanecían no solo estancadas, sino que habían retrocedido irremediabilmente. En este ambiente decadente, retrógrado y lleno de supersticiones, donde lo único importante era la religión, surgió un monje irlandés cuyo nombre fue Naomh Breandán of Clonfert, o san Brendán. Aunque a partir del siglo XVI el santo más importante y reconocido de Irlanda es, sin lugar a dudas, san Patricio, durante siete largos siglos fue san Brendán el que tuvo el honor de ser el más vene-

rado por el pueblo irlandés. En gran parte, esto fue debido a la fascinación que despertaron sus legendarios viajes. San Brendán no es otro que san Borondón.

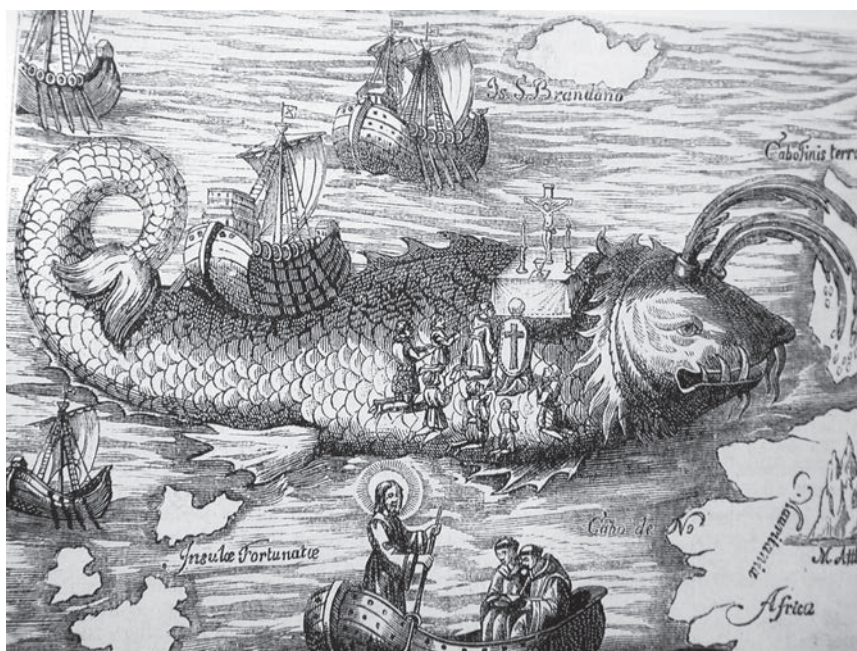
Brendán el Navegador, como posteriormente se lo conoció, nació en el 484 d. C., en una aldea llamada Church Hill, en la costa septentrional de la comarca de Kerry (Irlanda). En sus años de juventud fue ordenado abad y se dedicó a la fundación de diversos conventos y comunidades monásticas a lo largo y ancho de Éire hasta que un día llegó a sus oídos una asombrosa historia. El relato describía cómo el santo irlandés Barinto y su ahijado Mernoc, en el transcurso de un viaje marítimo, aseguraban haber encontrado el legendario Paraíso Terrenal, ese donde vivieron Adán y Eva en el comienzo de los tiempos. Curiosamente, este Jardín del Edén no se situaba tierra adentro, como se solía pensar, sino en una gloriosa y sublime isla. Tras escuchar el relato, san Brendán experimentó una especie de epifanía y comprendió que era su misión en la vida hallar este lugar divino. No solo buscaría la llamada Isla de las Delicias, sino que transmitiría la palabra de Dios evangelizando a todo pagano con el que se topase. Otras versiones aseguran que fue un ángel mensajero de Dios el que le dio instrucciones para hallar la idílica isla.

Sea como fuere, con un claro objetivo vital y ciegamente convencido de que Dios le ayudaría a cada paso de su cometido, Brendán se dispuso a construir un barco con el cual poder navegar. Partieron en dirección al mar abierto el 22 de marzo de 516 d. C. Surcaron el temible océano Tenebroso —el Atlántico— con la esperanza de encontrar la fantástica isla sin tener la más remota idea de dónde se podría situar, pero eso sí, con una fe inamovible. Siete años duraría su epopeya.

Los sucesos de este asombroso viaje fueron transmitidos de boca en boca durante trescientos años hasta que finalmente se plasmaron en el siglo IX en el código *Navigatio Sancti Brendani abbatis*, transcrito en latín por un monje llamado Barino. El texto recuerda a las odiseas y aventuras de los héroes clásicos, en las que los protagonistas han de demostrar su devoción, respeto y humildad hacia su deidad.

De las distintas aventuras que acaecen, hay una que es la más famosa y con la que siempre se le asocia a este santo. Tras haber visitado ya varios archipiélagos, y viendo que se acercaba la semana de Pascua, decidieron desembarcar en una pequeña isla. Celebraron allí la misa de Pascua y, dispuestos a preparar una comida, encendieron un fuego. Al poco de prender las llamas, la tierra comenzó a moverse bajo sus pies. Aterrorizados, se dieron cuenta de que la isla estaba viva y corrieron hacia el barco. Fue entonces cuando advirtieron que no se trataba de una isla, sino de una enorme criatura marina. Lograron salvar sus vidas y, posteriormente, Dios reveló a Brendán que el enorme monstruo marino que parecía una isla era Jasconius, el pez primigenio que pobló los mares cuando Él creó la Tierra. La criatura no resultó ser maligna y durante el resto del viaje volvieron cada Pascua a la espalda del pez para celebrar misa.

Es en base de este episodio relatado en el *Navigatio* que se crea una confusión. A menudo se piensa que esta isla-pezu es la isla de San Borondón, pero no es así. Al final de la crónica, Brendán y sus monjes atraviesan un espeso anillo de niebla y llegan a descubrir la legendaria Isla de las Delicias. Esta es la que posteriormente se conocerá como la isla de San Borondón. Era un lugar montañoso, cubierto de bosques y abundante flo-



Grabado de la misa de Resurrección sobre la ballena, en aguas de las Islas Canarias. Caspar Plantius (1621).

ra, con árboles frutales, ríos que fluían con agua fresca, pájaros que cantaban y, en fin, un edén donde nunca se ponía el sol.

Ya de vuelta a Irlanda, al relatar su asombrosa aventura en los monasterios, Brendán describe la isla paradisíaca como «La Inaccesible», ya que debido a su espesa niebla a menudo era invisible e imposible de encontrar.

En una época en la cual nadie ponía en duda que la Tierra era plana, que los mares estaban infestados de monstruos y sirenas, y que los ángeles se manifestaban en el mundo terrenal, no es de sorprender que los acontecimientos descritos en el *Navigatio* se considerasen como una realidad incontestable.

Aunque el escrito es un relato alegórico, de lo que no hay duda es que Brendán llevó a cabo un viaje real descubrien-

do distintas islas y territorios desconocidos hasta entonces. Navegó desde Irlanda hasta las nórdicas islas Feroe, luego cruzó parte del Atlántico e incluso se especula que logró llegar hasta Islandia y después a Terranova, siendo él, en consecuencia, el primer europeo en pisar tierra en el Nuevo Mundo. Finalmente se dirigió hacia el sur, hasta las Azores, y a otras islas más meridionales.

Ya por el siglo XII se realizaron las primeras incursiones intentando localizar las islas supuestamente encontradas por san Brandán y descritas en el códice. En especial, se quería encontrar aquel Paraíso Terrenal. A esta isla se la denominó de distintas maneras: la Tierra de Promisión, Apósitos, la Non Trubada o la Encubierta. Lo curioso es que a pesar de que nadie lograra localizarla, los cartógrafos no dudaban en incluirla en sus planos, convencidos de que existía. En el mapa *Imago mundi*, del geógrafo Honorio de Autun, se aprecia una isla llamada «La Perdida», indicando que «por mucho que se busque es imposible encontrarla».

Entrado el siglo XIII, en plena época de las cruzadas, Jacques de Vitry y Robert d'Auxerre hacen mención de la escurridiza isla en sus planos cartográficos. A finales del XIII se plasma el llamado *Mapamundi de Hereford*, donde aparece claramente escrito en un margen: «Fortunatae insulae sex sunt insulae Sct Brandani» (Las seis islas de la Fortuna, las islas de San Brandani). En la misma época aparece el *Mapamundi de Ebstorf*, que reza, en latín: «Isla Perdida. San Brandán la descubrió pero nadie la ha encontrado desde entonces».

La existencia de la misteriosa isla fue tema de comentarios y descripciones de numerosos viajeros y se mantuvo en más de una decena de destacados mapas. Algunos cartógrafos, como

los hermanos Pizzigano (1367), la situaron cerca de las Azores, mientras que el mapa de Toscanelli (1474), supuestamente usado por Cristóbal Colón, la situó al sudoeste de la isla de Madeira (Portugal). El alemán Martin Behain, en su globo terráqueo construido en 1492 en Núremberg, la representó como una gigantesca isla en medio del océano Atlántico.

En el tratado firmado en la villa de Alcáçovas (Portugal), suscrito entre España y Portugal en 1479 para repartirse territorialmente el Atlántico aún por navegar, temiendo que alguien descubriese la isla y la reclamase para su bandera, se especificó claramente que la isla Non Trubada pertenecía al archipiélago canario. Más adelante, cuando los dos países vecinos firmaron el Tratado de Évora en 1519, también se incluyó la isla en el archipiélago de Canarias, entonces ya bajo el dominio de los Reyes Católicos, aunque seguía sin ser descubierta. Viendo que no había manera de dar con ella, los reyes incluso prometieron donar la isla a quien lograra encontrarla —siempre y cuando fuese un español, claro está—.

A finales del siglo xv, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando parecía que el hombre finalmente había roto la barrera inabarcable que suponía el océano Atlántico, hubo numerosas expediciones cuyo fin era encontrar la isla, ahora ya sí refiriéndose a ella como San Borondón. La primera de estas empresas con importancia fue llevada a cabo por el duque de Viseu, sobrino del famoso Enrique el Navegador de Portugal, pero su viaje fue en vano. Lo siguieron Fernando de Troya y Fernando Álvarez, que tuvieron el mismo infausto resultado.

A comienzos del siglo xvi, fray Juan de Abreu Galindo se aventuró incluso a dar posibles coordenadas y una descripción de la isla.



Mapa de Guillaume Delisle donde aparece la «fabulosa» isla de San Borondón (1707).

Cuando en 1566 tomó posesión el primer regente de la Real Audiencia de Canarias, Hernán Pérez de Grado, este se interesó por la isla caprichosa. Recibió un informe del gobernador de El Hierro, Alonso de Espinosa, asegurando su existencia. Afirmaba que se situaba al noroeste de esta isla, y a sotavento de La Palma. El gobernador incluso proporcionó una lista de cien testigos fiables que aseguraban haberla visto. Añadido a esto, contaba con un importante testimonio de un capitán brasileño, Pedro Vello. Este declaraba que tras una tempestad, él y otros dos marineros procedentes de Setúbal (Portugal), llegaron a una isla que no podía ser otra que la de San Borondón. Pronto observaron en la arena unas pisadas enormes, el doble de las de un hombre, una cruz de madera clavada a un árbol y restos de una hoguera. Cayó la noche, momento en el cual se levantó un fuerte viento, y Vello, temiendo por su navío, retornó a la playa y abordó el barco dejando atrás a sus compañeros. El viento empeoró convirtiéndose en un huracán, y desde el barco, horrorizado, vio cómo, envuelta en una espesa niebla, la isla entera desapareció. Tras la tormen-

ta el piloto quiso rescatar su tripulación pero no pudo volver a encontrar la isla.

Este último testimonio parecía definitivo ya que seis años antes, en 1560, unos navegantes galos habían encontrado la isla y supuestamente erigieron una cruz allí. Espinosa concluyó que esta cruz era la misma que había encontrado Vello y ordenó a las autoridades de La Palma, El Hierro y La Gomera enviar de inmediato una expedición. Se hizo cargo Fernando Villalobos, regidor de La Palma, que salió con tres navíos en busca de la isla. No encontró nada.

En 1570, en vista de que no habían dado ningún resultado concluyente todas estas pesquisas y búsquedas, el rey Felipe II ordenó que zarpase otra expedición desde La Palma. El barco, llamado *San Andrés*, fue capitaneado por Melchor de Lugo, cuya misión era encontrar finalmente la isla y dejar en ella algunos tripulantes para establecer allí el dominio de la Corona de España. Lugo no tuvo mejor suerte que los anteriores exploradores.

Pocos años después, en 1587, Felipe II encargó a un ingeniero militar italiano, Leonardo Torriani, que visitase todas las fortificaciones del archipiélago y que redactase un informe sobre el estado y las posibles mejoras del sistema defensivo. En 1590 publicó su *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias antes afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, una obra que incluía muchas ilustraciones y mapas del archipiélago.

Sorprendentemente, entre las islas dibujadas, incluyó la de San Borondón. Se hallaba a quinientos cincuenta kilómetros en dirección oeste-noroeste de El Hierro.

Dado que seguían apareciendo noticias de la existencia de la isla, ese mismo año, Juan Mur y Aguirre, capitán general de Canarias, encargó al capitán Gaspar Domínguez emprender

una expedición para que de una vez por todas encontrase la supuesta isla. Pero tampoco logró dar con ella.

En el curso de las siguientes décadas del siglo XVIII algunos cartógrafos incluyeron San Borondón en sus mapas, aunque su representación era cada vez más escasa, quizás la última fue la de Gautier en 1755. Al margen de que todavía había avistamientos esporádicos de la isla, era prácticamente unánime entre los marineros, cartógrafos y geógrafos de la época que tal isla no existía. Finalmente, el tema de San Borondón quedó como una quimera y nadie se lo tomaba en serio... Hasta que apareció un tal Edward Harvey en el puerto de Santa Cruz de Tenerife en el año 1862 y llegaron a sus oídos las fantásticas leyendas de la isla fantasma.

Este naturalista escocés, de familia acomodada, era miembro de la insigne Royal Society y contaba con extensos estudios universitarios sobre mineralogía y botánica, a la par de estar dotado de una excepcional habilidad como dibujante. Tras formar parte de una expedición de seis meses por las costas de África, al volver a Londres publicó el tratado *Unknown Flora from the African Coast (Flora desconocida de la costa africana)*, que le proporcionó un enorme prestigio y lo convirtió en un respetado naturalista entre los más distinguidos círculos científicos de Inglaterra.

La Royal Society, entusiasmada con el éxito de su riguroso y excepcional trabajo, le subvencionó otra expedición para investigar y recopilar muestras en las islas de Madeira y Canarias. Tras desembarcar en el puerto de Funchal y pasar varios meses en Madeira, Harvey viajó a Tenerife y después a La Palma. Fue en este segundo lugar donde escuchó fascinado las leyendas de la extraña isla errante. En su diario escribió: «Dicen las gentes de este lugar que más allá de las islas, hacia poniente,

se encuentran otras islas que no pertenecen a las colonias. Sería de gran interés para la Royal Society poder acceder a estas tierras y estudiar su naturaleza».

Al volver a Londres le intrigó hasta tal extremo estas misteriosas islas de poniente, en particular la de San Borondón, que intentó convencer a la célebre sociedad británica para que le financiase una expedición para encontrarlas. En su discurso alegó: «Las leyendas siempre se basan en algo real, esta isla debe existir. Tantas expediciones han ido en su busca y tantos testimonios hay de su avistamiento. He de ser el primero en encontrar San Borondón». Pero de ninguna manera logró persuadir a la Royal Society. Los miembros no estaban dispuestos a invertir dinero en algo que, a todas luces, no tenía más posibilidades de éxito que ir a la caza y captura de un unicornio.

Harvey no se desanimó, aunque al verse obligado a prescindir de la Sociedad perdió toda oportunidad de ser financiado. Sin darse cuenta, el reto de encontrar la isla fantasma se había convertido en su *leitmotiv*. Durante los meses posteriores, recopiló todo tipo de información, mapas, textos y planos de San Borondón. Preparó un extenso *dossier* y autofinanciándose desembarcó en Canarias en 1863 con la intención de encontrar apoyo e inversores en Tenerife para su proyecto, pero no tuvo suerte.

Con cada negativa, su sueño se hacía cada vez más inalcanzable, hasta que coincidió con un tal Mr. Hamilton, director de la African Steamship Company. Le facilitó sus contactos para encontrar un barco y la tripulación necesaria para el viaje. A comienzos de enero de 1865, Harvey y sus marineros levaron anclas y navegaron en busca de la recóndita isla. Harvey iba bien equipado, con provisiones y los materiales imprescindibles

para su trabajo como naturalista, pero también llevaba consigo un moderno invento que, en el caso de que encontrasen la isla, demostraría más allá de ninguna duda su existencia: una cámara fotográfica y decenas de placas de vidrio sobre las cuales podía fijar las imágenes.

A los pocos días de navegar por el océano se toparon con una terrible tormenta que zarandeó el navío como si fuese un barquito de papel, alterando por completo su rumbo. La tempestad fue de tal calibre que el barco sufrió graves daños: el mástil se partió por la mitad, las provisiones se empaparon con mar salada y cuando por fin amainó la tormenta, los marineros descubrieron que estaban perdidos sin poder encontrar una referencia que los ayudase a identificar su posición. Pero no todo fueron desgracias. Uno de los marineros vio algo en el horizonte y gritó:

—¡Tierra a la vista!

Se trataba de una isla. Anclaron cerca de un arrecife. Harvey y parte de la tripulación cogieron un bote y remararon hasta el islote. El naturalista escribió: «El territorio es muy escarpado. Hay dos grandes montañas hacia el norte, seguidas en ambos lados por otras de menor envergadura»; una descripción idéntica a los dibujos y testimonios de personas que decían haber visto San Borondón. Harvey no tenía duda de que había encontrado la isla descubierta por san Brendán.

Entre los días 14 y 21 de enero de 1865 exploraron esta tierra incógnita. Lo que encontraron fue asombroso.

Harvey completó cuaderno tras cuaderno de bellos dibujos representando distintas plantas y flores hasta entonces desconocidas. Rastreando la isla descubrieron nuevas especies de insectos: mariposas, escarabajos y arañas. A la par encontraron

animales que, si bien su aspecto era similar a otros ya conocidos, habían evolucionado de una manera claramente distinta. El *Coxabrevis lentus*, así lo bautizaron, tenía el aspecto de una tortuga grande, pero en el extremo de su cola contaba con seis puntiagudas protuberancias, como un mazo con clavos, que usaba para defenderse. Encontraron el *Stkedensis agilis*, un ave de color negro que en vez de volar se arrastraba por la arena como un reptil dándose impulso con las extremidades. También se toparon con el extrañísimo pájaro *Regina raptoris*, con cuerpo de avestruz, una cabeza semejante a la de un pelícano y una punzante uña en el extremo de cada ala.

Rebuscando entre la maleza, medio enterradas por la tierra húmeda y las raíces de los árboles, descubrieron varias tallas faciales que recuerdan a ídolos precolombinos, signo inequívoco de que la isla ya había sido habitada. Pero incluso más extraordinario fue el hallazgo en una zona al suroeste de la isla. Sobre un acantilado de enormes dimensiones, desde la cima hasta la base donde colisionaban las olas, se distinguía una gigantesca talla —de no menos de cuarenta metros de altura— del rostro de un ídolo o de un dios. El naturalista, armado con su cámara, no dudó en hacer fotos de estos impresionantes descubrimientos.

Tras ocho días de exploración Harvey guardó celosamente todos sus especímenes, cuadernos, fotos, notas y láminas. Era la hora de marchar y estaba ansioso por volver a Londres para comenzar a ordenar todo el material recopilado y dedicarse de lleno a preparar la presentación que daría en la Royal Society.

Tras pasar por Canarias, el naturalista desembarcó en Londres en febrero y se encerró en su estudio para dedicarse noche

y día a su proyecto. No permitió que nadie lo visitase y se negó a compartir sus descubrimientos hasta que no completase satisfactoriamente la presentación. Se podría describir su actitud como obsesiva, pero no era solo una cuestión de obsesión. Había algo más, algo mucho peor...

Harvey no era consciente de que tras su primera expedición en las costas de África, aparte de traer consigo muestras de plantas, dibujos y notas, también trajo una terrible enfermedad que fue incubando poco a poco y que comenzó a manifestarse al final de su viaje a San Borondón. La enfermedad culminó dramáticamente mientras Harvey ultimaba su proyecto. En un principio parecía que se trataba solo de una gripe acompañada de fiebre, pero después aparecieron fuertes dolores de cabeza, sudores y constantes escalofríos. Al cabo de dos o tres días los síntomas parecían desaparecer por completo para posteriormente regresar de forma más virulenta. La fiebre era cada vez más alta y en múltiples ocasiones le provocaba extraños delirios. Los dibujos y especímenes traídos de San Borondón cobraban vida convirtiéndose en repulsivas criaturas y amenazantes plantas y lianas que invadían el estudio. Ya no distinguía entre los monstruos de su estudio y lo que en realidad había visto en la isla. Las láminas no eran correctas; tenía que volver a dibujarlas; todo tenía que estar perfecto... pero todo era un constante delirio.

Cuando Harvey quiso presentar su tratado a la Royal Society ya nadie quería verlo, había perdido toda credibilidad ante la comunidad científica. Se lo consideró como un loco cuyos días de gloria habían caducado hacía mucho tiempo. Su tesis era confusa, inconexa, sin rigor científico y evidentemente inventada. Si no, ¿por qué no tenía las coordenadas exactas de la ubi-

cación de la isla? ¿Por qué no había ni una foto de los extraños animales —solo dibujos—? ¿Por qué aparecían todas las fotos medio borrosas y retocadas? Por no hablar de la talla facial indígena en el acantilado que no era más que un montaje fotográfico.

Edward Harvey abandonó por completo su proyecto y aunque se recuperó de la enfermedad —algún tipo de malaria— jamás pudo volver a ejercer su profesión. Dedicó sus últimos años a compartirlos con su familia. Cuando falleció, el 8 de febrero de 1903, no acudió nadie de la Royal Society ni de ninguna otra rama de la comunidad científica a su funeral.

Es muy probable que la hazaña de Harvey y todo el material que recopiló hubiera caído en el más absoluto y oscuro olvido de no haber sido por dos investigadores: Tarek Ode y David Olivera. En 1999, por casualidad y casi cien años después de la muerte del naturalista, estos hombres se toparon con un retrato fotográfico de Harvey. Tirando del hilo llegaron hasta la nieta de Harvey, una señora muy mayor residente en Londres, quien les dio permiso para rebuscar en un viejo arcón repleto del material original de Harvey. Tras casi cinco años de investigación, recopilación, conservación y restauración, finalmente, en 2005, inauguraron la exposición «San Borondón: isla descubierta», en el Centro de Arte la Recova (Santa Cruz de Tenerife) con todo el material. A la par, publicaron un libro con el mismo nombre, que reproduce por completo el material gráfico de la expedición, incluyendo el diario de Harvey. Por primera vez, la fascinante historia de Edward Harvey salía a la luz.

Si bien la epopeya de Harvey parece rebuscada y rocambolesca, incluso difícil de creer, uno puede considerar que las incoherencias son fruto de las alucinaciones febriles. La impre-

sión es que, en todo este asunto, «algo» tiene que ser cierto. Para los que somos crédulos, esta historia nos hace la boca agua, y precisamente este es el riesgo de «I want to believe».

Por desgracia, tengo malas noticias. Con un mínimo de investigación pronto descubrí que toda la historia no es más que una invención de Ode y Olivera: Edward Harvey nunca existió, ni su nieta, ni el arcón, ni las fotos, ni nada de nada. Reconozco que me sobrevino una enorme tristeza y desilusión.

En las listas de los miembros de la Royal Society no aparece ningún Edward Harvey. Su libro *Flora desconocida de la costa africana*, supuestamente todo un éxito en los círculos científicos, también es una invención: no hay rastro suyo en la lista de publicaciones de la Royal Society, ni tan siquiera en la British Library —la biblioteca más grande del mundo, con ciento setenta millones de tomos incluyendo los del British Museum que a su vez recopiló prácticamente todos los libros publicados en Inglaterra desde el siglo XVIII—. Tras mucho rebuscar, el único Edward Harvey que he encontrado de esa época es un cartero que escribió un diario. Extractos de este han sido publicados en varias ocasiones en un libro titulado *A Postman's Round 1858-61*. El interés de este diario solo recae en los estudiosos de la organización y funcionamiento del servicio postal londinense en aquellas fechas, porque sobre descubrimientos naturalistas no hay nada.

No es necesario seguir aportando datos que desmientan la existencia de Harvey o de su viaje, ya que los mismos «descubridores» de esta fantásica historia, Ode y Olivera, lo admiten de una manera sutil y jocosa. En su libro/catálogo de la exposición «San Borondón: isla descubierta», en la página 162, hay un recorte de periódico amarillento que aparenta ser de la época

de Harvey, aunque no lo especifica. Para el que se tome su tiempo y lo lea, descubrirá que reza: «Sección Marítima y Mercantil. San Borondón. La isla descubierta es un proyecto artístico. Todo su contenido es producto de la creatividad e imaginación de los artistas Tarek Ode y David Olivera». Creo que no hace falta decir más —bueno, una cosita más: «Harvey» es el nombre del enorme conejo imaginario que solo ve James Stewart en la película *El invisible Harvey* de 1950. Pienso que es otro sutil guiño de los artistas—.

A pesar de que todo lo relacionado con Edward Harvey no es más que pura imaginación, Ode y Olivera, de una manera creativa, ingeniosa y comercial —y reconozco que la admiro y la aplaudo— lograron no solo llevar a cabo la impresionante exposición y un libro, sino que consiguieron que pareciese creíble.

Entonces, ¿qué conclusión se puede sacar de la misteriosa isla de San Borondón? ¿Existe o no?

Es casi inconcebible que en el siglo XXI, con la tecnología de los satélites modernos y los sistemas de posicionamiento global que permiten localizar un objeto en cualquier lugar del mundo con una precisión de hasta centímetros, se nos «escape» una isla. De hecho, en los últimos cien años nadie ha querido incluir la isla en ningún mapa o plano. Tampoco ha confesado nadie haber atracado en ella. La única evidencia de la aparición de la isla son los esporádicos testimonios de gente que afirma haberla visto y las diversas fotos o vídeos que van apareciendo.

Puesto que los testimonios puramente orales difícilmente se pueden verificar, profundicemos en las fotos y los vídeos. Sin lugar a dudas, estas imágenes han capturado algo que realmente se veía en ese momento. Es decir, no eran fruto de la imagi-

nación. El tema es que tanto los espejismos como las curiosas formaciones de nubes se pueden fotografiar. Incluso pueden recordar a una isla, pero se tratan tan solo de eso: de una nube o de un efecto óptico. Un arcoíris se puede plasmar en una foto, pero no intente tocarlo o subirse a él ya que es un efecto óptico debido a la meteorología. Por dar otro ejemplo, todos hemos conducido por la carretera en pleno verano y hemos visto a lo lejos lo que parece un charco en pleno asfalto. La densidad desigual del aire, a causa de ciertas temperaturas, produce una refracción de la luz del cielo. Este fenómeno provoca que el observador interprete su procedencia desde el suelo. Se interpreta como un charco de agua que refleja la luz del cielo, pero no es un verdadero charco, como todos sabemos.

Otra singularidad climatológica ocurre cuando hay masas nubosas y el mar refleja el color blanco de las nubes. Si da la casualidad de que hay una «brecha» o «agujero» entre las nubes, el reflejo sobre el mar de este agujero aparece oscuro, de línea irregular, y podría asemejarse a una isla.

Las múltiples leyendas, mapas, avistamientos y fotos de San Borondón han ido alimentando nuestra imaginación. Al mismo tiempo, sin darnos cuenta, nuestra propia fantasía ha hecho crecer el mito. Pero, si reflexiono, sopeso los datos, y soy realista, todo me lleva a una única conclusión. Como dice mi buen amigo Íñigo V., no es lo mismo la idea romántica de «I want to believe» —quiero creer— que el yugo de «I need to believe» —necesito creer—.